

HERME BELLIDO
NUEVO MUNDO

Herme Bellido



Sala de exposiciones CICUS
Madre de Dios 1, Sevilla
17 noviembre al 20 diciembre 2022 | november 17th to december 20th 2022
www.cicus.us.es

Nuevo Mundo
Herme Bellido

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Rector | President of the University: Miguel Ángel Castro Arroyo
Director General de Cultura y Patrimonio | General Director of Culture and Heritage: Luis Méndez Rodríguez
Director del Secretariado de Patrimonio | Director of Heritage Secretariat: Luis F. Martínez-Montiel

CICUS
Jefe de Servicio | Head of Service: José Antonio Fernández Cruz
Director Técnico | Technical Director: Domingo González Lavado

EXPOSICIÓN | EXHIBITION
Comisario | Curator: Paco Pérez Valencia
Montaje | Installation: Otto Pardo y Esteban
Coordinador de Producción: Abraham Parrón

CATÁLOGO | CATALOGUE
Textos | Texts: Paco Pérez Valencia / Anders Rindom / Herme Bellido
Fotografías | Photography: Claudio del Campo
Traducción al inglés | Translation to English: María Domínguez del Castillo
Diseño gráfico | Graphic Design: JWeb Rare Design
Impresión y encuadernación | Printing and Binding: Imprenta Sand

© de los textos, sus autores | © for the texts, its authors
© de las imágenes | © for the images: Herme Bellido
© de la presente edición, Universidad de Sevilla. CICUS | © for this edition, Universidad de Sevilla. CICUS
ISBN:
Depósito legal:

Nuevo Mundo

A David,
Jaime,
Nicolás

Always

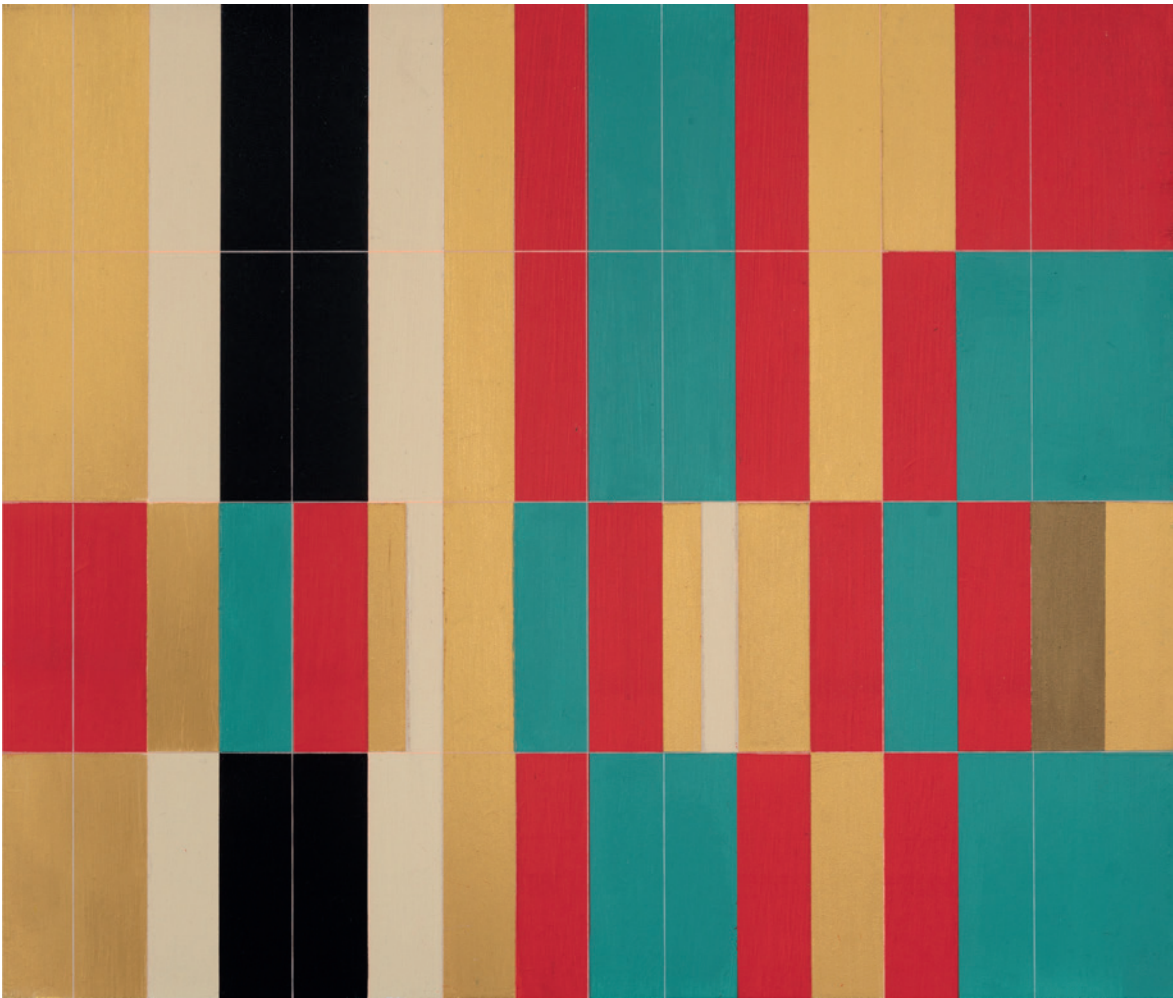
Elogio de la lentitud

PACO PÉREZ VALENCIA

George Kubler fue el primero en hablar de ellos, de los pintores de ritmo lento. Pudo encontrar su rastro en la Historia del Arte (esa que habla de lo mejor de nuestra especie, siempre mutante, a veces ajena a la vida ordinaria, única) de creadores capaces de marcar el tiempo de sus actos. Pacientes, leales a su sentido de la vida, serenos ante el acoso del mundo en el que viven, dispuestos a mirar, a escuchar, a sentir el instante hasta la extenuación de otros, sumergidos en la belleza, en el alma de las cosas.

Kubler menciona a Claudio de Lorena y Paul Cézanne como referentes de esa lentitud en su enigmática y preclara obra, La configuración del tiempo, esa otra historia del arte a través de sus piezas. Respetuosos con sus orígenes artísticos, todos los predecesores que amaron lo lento, en un acto de crear desde la reflexión, fueron dueños de su talento.

Se dibuja tal como se mira (y miramos tal como somos). El mundo reclama tiempo, espera, algo cada vez más inencontrable en el circo de lo instantáneo. Vamos por atajos, respondemos con formas expresivas de plantilla, frases hechas, expresiones huecas, aunque resolutivas (porque nos valen). Pero Kubler menciona a estos creadores que miran y escuchan antes de ejecutar, convierte el proceso en una otra forma de creación. Seguramente ese método, más proclive a una forma de vida, inalcanzable para muchos, es una forma de acercarse a Dios, al centro del universo, que está en todas y cada una de las pequeñas cosas que nos rodean. El resultado, piezas condensadas por algo extraño, como una pátina de lo excluyente, de lo diferenciado, sin conexiones con la actualidad, aferrados a los reflejos de un tiempo que tampoco es pasado.



“Himno a la Alegría, L.V. Beethoven”
25 x 30 cm
Serigrafía sobre madera
Edición de 50

Son artistas-científicos, artistas de nuevos lenguajes, artistas a los que no se les esperan, porque nunca llegan en tiempo. Otro pintor actual, el sevillano Paco Reina Giráldez, distingue a pintores que pintan sentados, diferenciándolos de aquellos que lo hacen con el brío atlético de estar de pie y moverse ante la pieza como un bailarín. Aquellos que lo hacen estáticamente, dice, lo hacen con un sentido de la apropiación del tiempo absolutamente aristocrático. Como Kubler, piensa que la perfección solo se logra en la búsqueda pautada.

El tiempo es el bien más escaso de nuestra sociedad. Todos corremos y competimos en esa aceleración, sin importarnos el camino. Los artistas de ritmo lento elogian la vida y cuando descubren una veta en su búsqueda como un manantial de eterna juventud, se lanzan a ella en silencio esperanzado. Un mínimo gesto, ya sea un color aportado, un trazo corpóreo, una nota extrema previa a su silencio, dos palabras que ya son verso... es suficiente para agradecer el mundo.

Estos creadores surgen por inesperados. Son venerados por otros creadores, aunque desconocidos para el gran público. Son pacientes recolectores y por ello, admirados por seres sensibles. Y un día, en medio de una conversación lateral, surge una pista que los hace florecer ante otros, siempre de forma personal, individual, única. Así me encontré con Herme Bellido.

No sabía si era hombre o mujer. Me citaron para un encuentro, una conversación sin pretensiones, pero yo salí de allí, tras conocerle, con la convicción de haber encontrado un rubí o una esmeralda entre las grietas de mi existencia. Fue su pintura. Pequeños restos ordenados de una construcción secreta, que esconde la sinfonía de la vida. Pequeños planos de color secuenciados como un lenguaje visual a descubrir, con rigor matemático, con escrupuloso procedimiento pictórico, con extremo cuidado en su ejecución. Sus piezas previas, más partituras visuales que bocetos, están bañadas por la riqueza del deseo. Sus piezas finales, son cristales pulidos como diamantes. Tanta precisión nos hace pensar que los colores ya estaban en las obras musicales en las que se basan sus trabajos, solo había que tallarlo, que hacerlo real.

El trabajo pictórico de la artista Herme Bellido es música transcrita en color, un código para otra vida, capaz de proyectar estados de ánimo en paciente encuentro. Sus referentes son aristócratas del arte, desde Malevich, hasta Satie. No importa el lenguaje elegido, sino lo que buscan en su esencia. Esta pintora estudió piano para llegar a la fuente de donde quiere beber su elixir, ese que le hace vivir cada uno de sus días como un regalo. Ha inventado códigos cromáticos que, descifrados, cuentan cosas, es pura semiótica. Su aportación es un lenguaje universal que invita a soñar, a descubrirse uno mismo. Hay pautas mayores, proporciones controladas, tiempos de compás, variaciones y equilibrio. Lo que vendría a continuación sería inmenso: lo insustancial o el mundo. Herme descubrió su mundo.

Las obras de Herme son mapas secretos que solo podrán ser accesibles desde la lentitud de la observación y el deseo, desde el juego y la disciplina, desde el hambre de vida y el amor por lo desconocido. Esa es la inteligencia con la que el arte se protege, solo para aquellos dispuestos a abandonar el ritmo complejo de nuestra vida. Es un elogio bellissimo de la lentitud, el bien máspreciado.



Nuevos mundos

ANDERS RINDOM

Reflexiones sobre una serie de dibujos y pinturas de Herme Bellido, escritas a finales de enero del 2021 y en base a las imágenes fotográficas proporcionadas.

Cuando observo la nueva obra artística de Herme, me siento afortunado. Puedo decir, que aun de una manera muy pequeña, me hizo partícipe de ella.

Hace algo más de un año el mundo era un lugar muy distinto, sin las restricciones sociales que hemos tenido que aceptar y con las que debemos aprender a convivir. Londres era una ciudad, en cierta manera hospitalaria, donde se podía entablar conversaciones tomando un té en alguno de sus innumerables establecimientos. En uno de tantos, fue donde Herme me habló de su nueva pasión. Había comenzado a aprender a tocar el piano e inmediatamente se había enamorado de los colores que producía. Hablamos un poco sobre el tema y al final, dudando, sacó su móvil del bolso donde guardaba fotos de bocetos y algunas pinturas de partituras que le gustaban e interpretaba. Eran caprichosas pero sinceras, divertidas pero hechas con pasión. Le animé a continuar, que era a todo lo que podía contribuir en aquel momento, hasta que un dossier con su obra aterrizó en mi bandeja del correo hace unos días.

Utilizar la música como acompañamiento a la pintura no es inusual. Es parte de la práctica de muchos artistas en los que cobra tanta importancia como las propias pinturas, disolventes y galletas cuando se trata de trabajar. Algunos en el pasado lo han llevado un paso más allá, poniendo la música en el foco de atención y desarrollando acontecimientos musicales a través del color. A menudo y en manos expertas, estas representaciones pueden tomar su propia vida orgánica, la curvatura de los diseños que mimetizan las ondas físicas del sonido pueden

traducir lo audible en objetos de emociones. El mejor ejemplo que he visto es de un pintor abstracto de la Europa del este, Frantisek Kupka que estaba inmerso en el lenguaje del Art Nouveau y cuyo trabajo me trae a la memoria las entradas en hierro fundido de las estaciones de metro de París, donde residía. Estos magníficos trabajos se asemejan a las auroras boreales, el espectáculo de luces del norte, igualmente cargado de movimientos poderosos y ritmos marcados que navegan en un nuevo espacio creado únicamente por medios pictóricos.

La música opera con el tiempo como una de sus condiciones fundamentales. Se expande y acentúa los momentos según los atraviesa. La pintura, en cambio, tradicionalmente lo encierra y lo congela, un aspecto que quienes mejor ilustra es la pintura de género de la edad de oro holandesa. La cual cincela momentos preciosos: imágenes de un ser querido leyendo una carta o enseñando un muestrario de su mejor collar de perlas, y representándolo de una manera exquisita, desafía el paso de los años. No se trata de no poder representar el recorrido del tiempo en la obra. Dividir y estirar las partes, sin embargo, no es una práctica poco común en el arte Contemporáneo, ya que nos fuerza a movernos y físicamente conectar y reconocer cualquier ilusión que una imagen construida pueda presentar.

Las nuevas obras de Herme Bellido son también un reconocimiento de tiempo y de espacios. Pero los momentos y espacios que habitan son pasajeros, acontecidos a través de la música, pero nunca atados por ella. Las pequeñas piezas de partituras de piano que iniciaron esta serie han evolucionado de prácticas a interpretaciones, de interiorizarlas a finalmente presentar algo que ella ha descubierto: un nuevo Mundo, no el que Antonin Dvorak descubriera cuando navegó a América, sino un lugar que le pertenece.

Hay una anécdota maravillosa que puede o no que conozca Herme: la del pintor Joan Miro cuando partió rumbo a París de su granja familiar en Cataluña llevando una bolsa con tierra rojiza en su bolsillo para recordarle la raíz de sus colores y donde se habían originado para florecer y nunca olvidar.

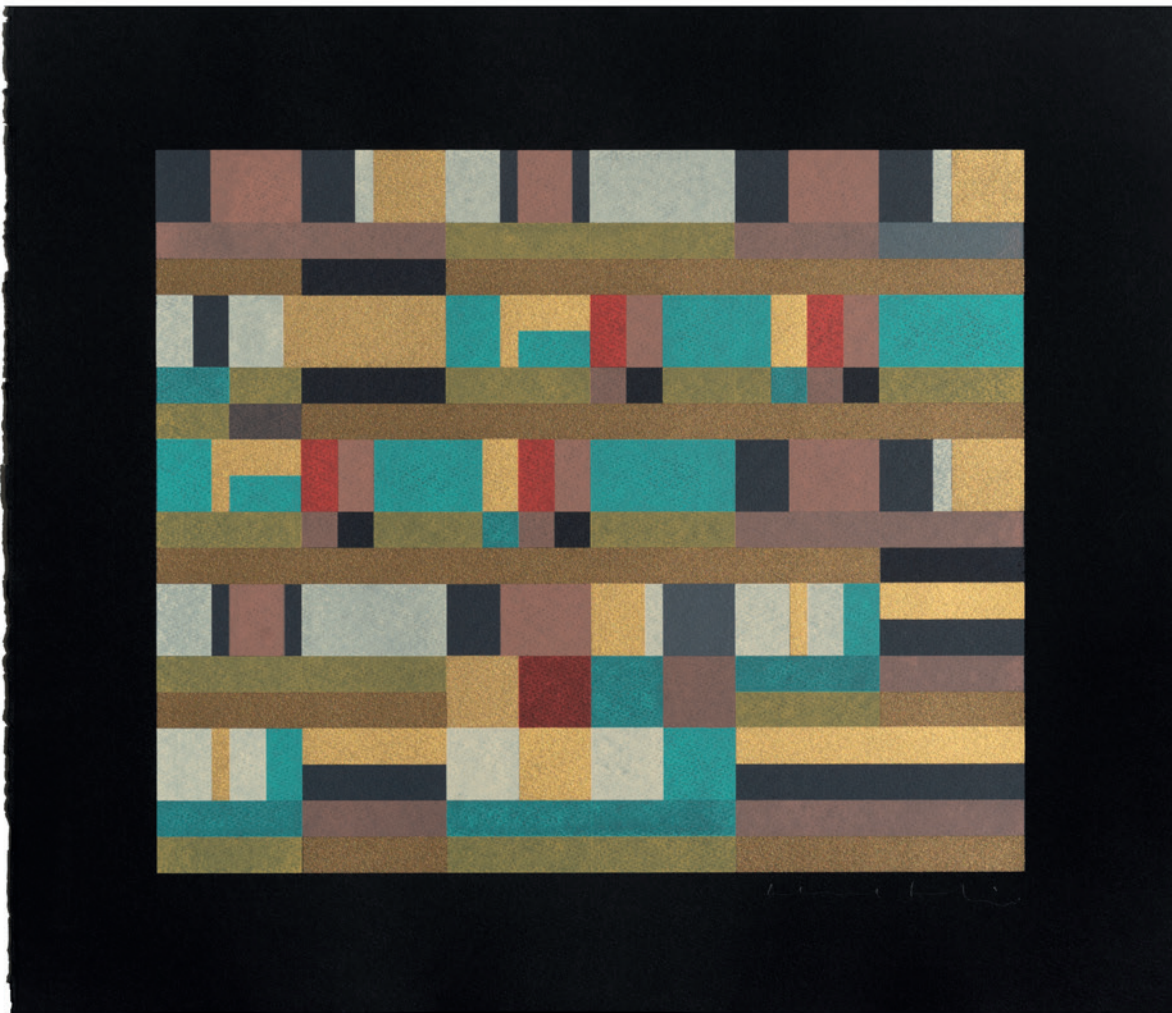
Las traducciones de Herme son sinceras y metódicas. Y creo firmemente que su meticuloso proceso de creación le ha permitido explorar paisajes sonoros y tallado lugares reales de luz y espacio.

Todas las obras realizadas tienen un peso y gravedad inherente, una cualidad terrenal puntualizada por pequeñas ventanas turquesas que pueden fácilmente interpretarse como el mar o el cielo. A mí me acercan a paisajes enraizados en España, pero observados por unos ojos afilados en Gran Bretaña, con ecos de lecciones aprendidas de los grandes Modernistas de sus Islas. Algunas de las obras si bien de gran escala son breves, tan solo unos acordes vibrando al unísono, mientras otras son más elaboradas, convirtiendo el lienzo en una especie de sistema de estanterías, un archivo de estados de ánimo, para ser leído o anotado de arriba abajo.

Me gustaría defender que, con esta nueva serie, Herme, ha conseguido, si fuera necesario justificar que la música no tiene que ser un destino en sí mismo sino ser evaluada como una valiosa herramienta: una puerta de escape a través de la cual nuevas visiones pueden ser descubiertas.

Donde Kupka hace un siglo encontró esa puerta a través de la música para entrar en un mundo misterioso lleno de colores luminosos, Herme Bellido ha dado marcha atrás a sus viajes. Ha excavado profundo en la tierra seca ocre de Sevilla y la húmeda arcilla de Londres para encontrar las cuerdas que se resisten a la excavación, la segmentación y las capas que ocultan.

Es una nueva música de cámaras escondidas y vistas abiertas: de los espacios profundos de la mente en los que estamos forzados a vivir ahora para bien y para mal. Su gracia y bondad, sin embargo, son cualidades necesarias no solo ahora sino en un futuro cuando nuestros horizontes se vuelvan a abrir y la luz entre de nuevo.



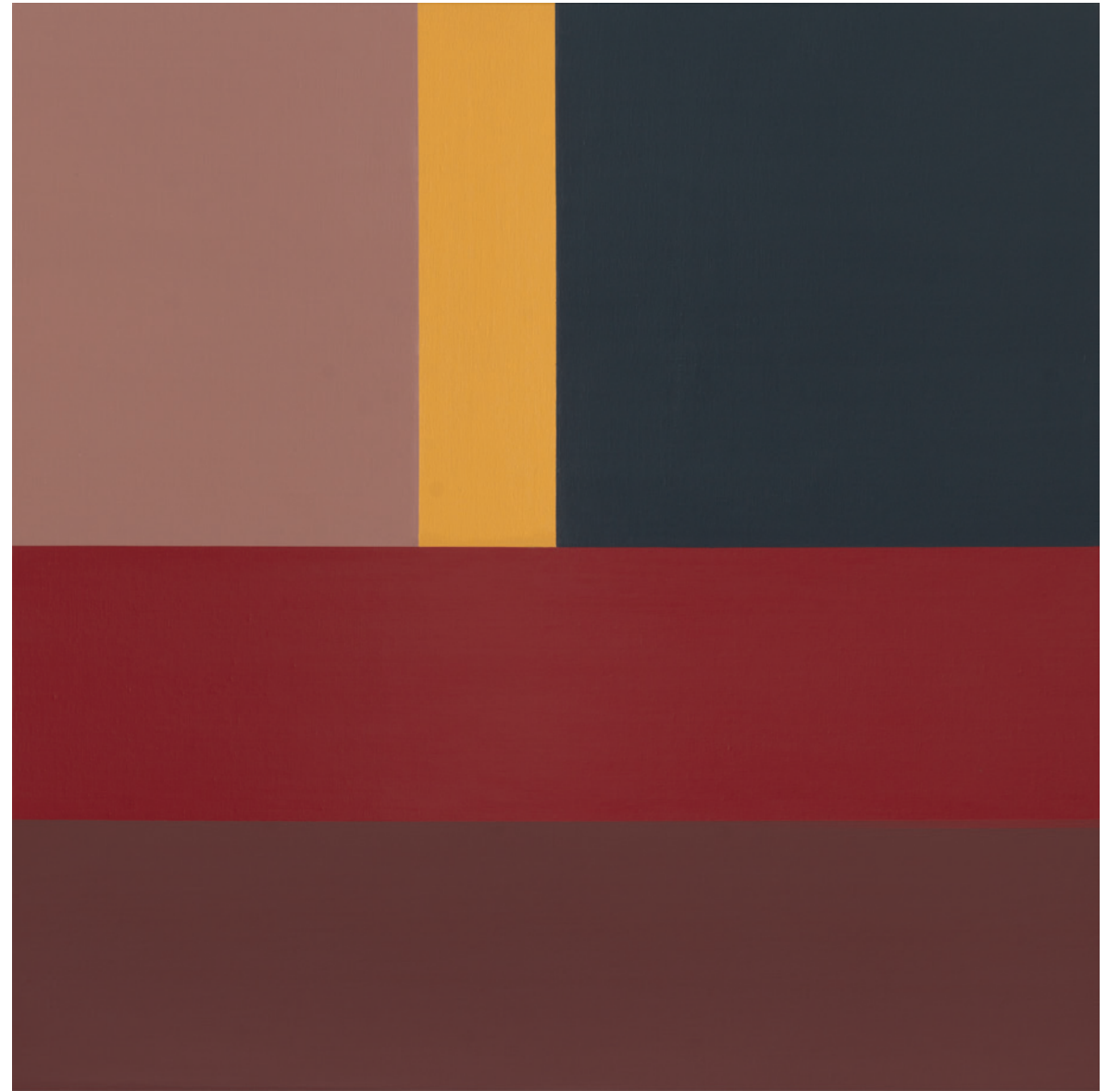
“Largo para la Sinfonía del Nuevo Mundo en Mi Mayor, A. Dvořák”
Serigrafía sobre Papel Velvet Somerset
 56 cm x 65 cm
 Edición de 50



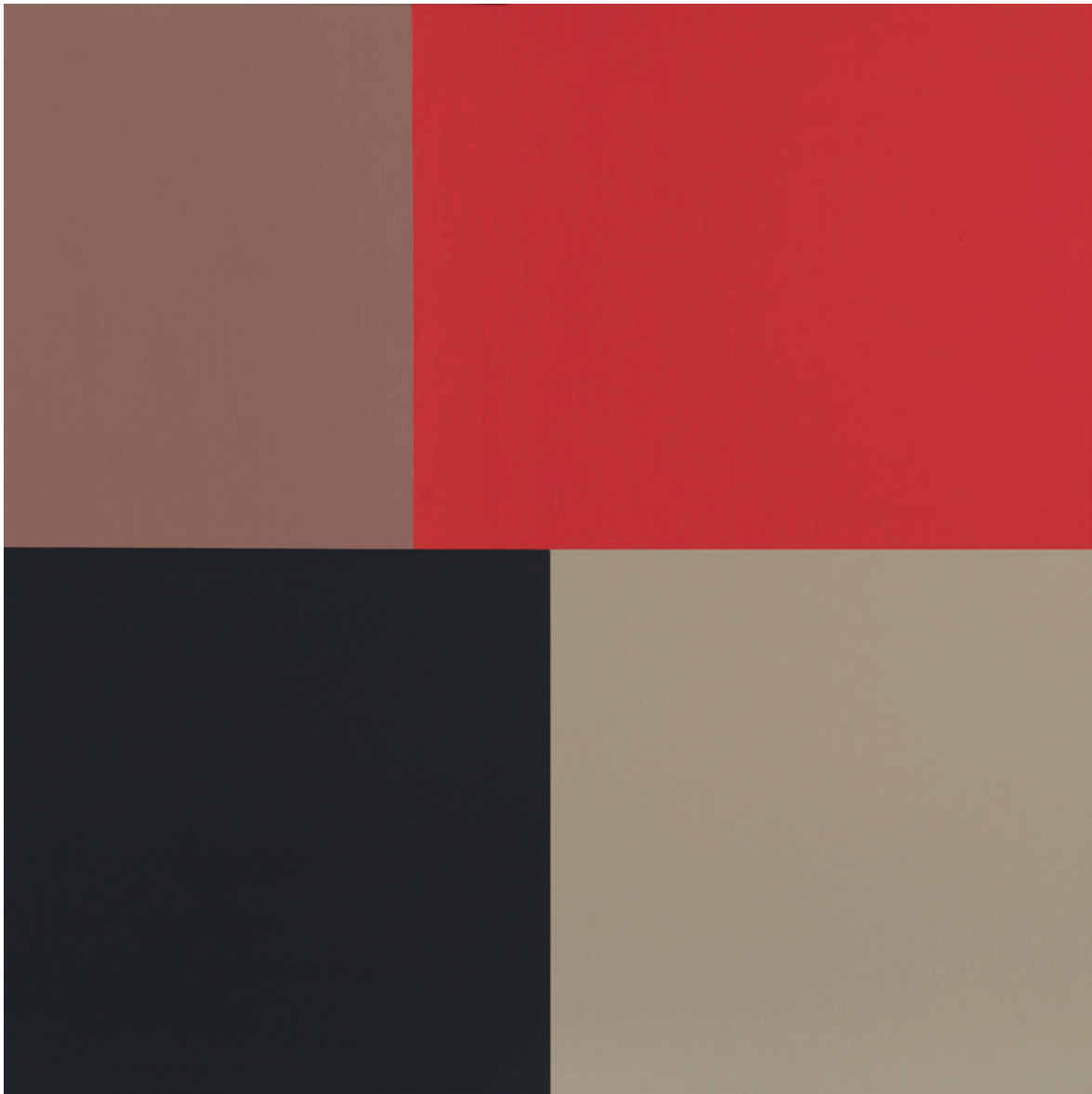
“Largo para la Sinfonía del Nuevo Mundo en Sol Mayor, A. Dvořák”
Serigrafía sobre Papel Velvet Somerset
 56 cm x 65 cm
 Edición de 50



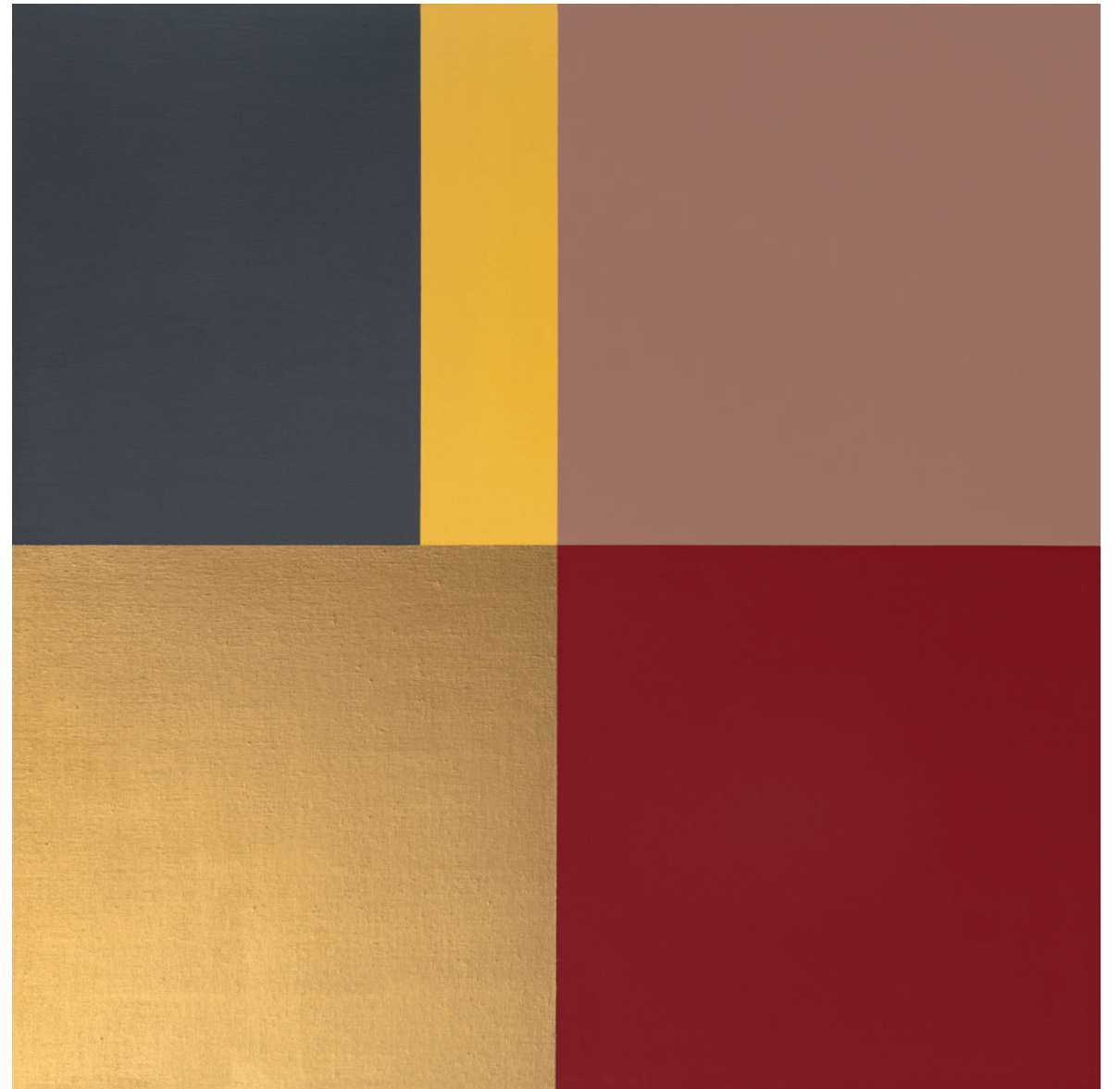
“Compás I”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



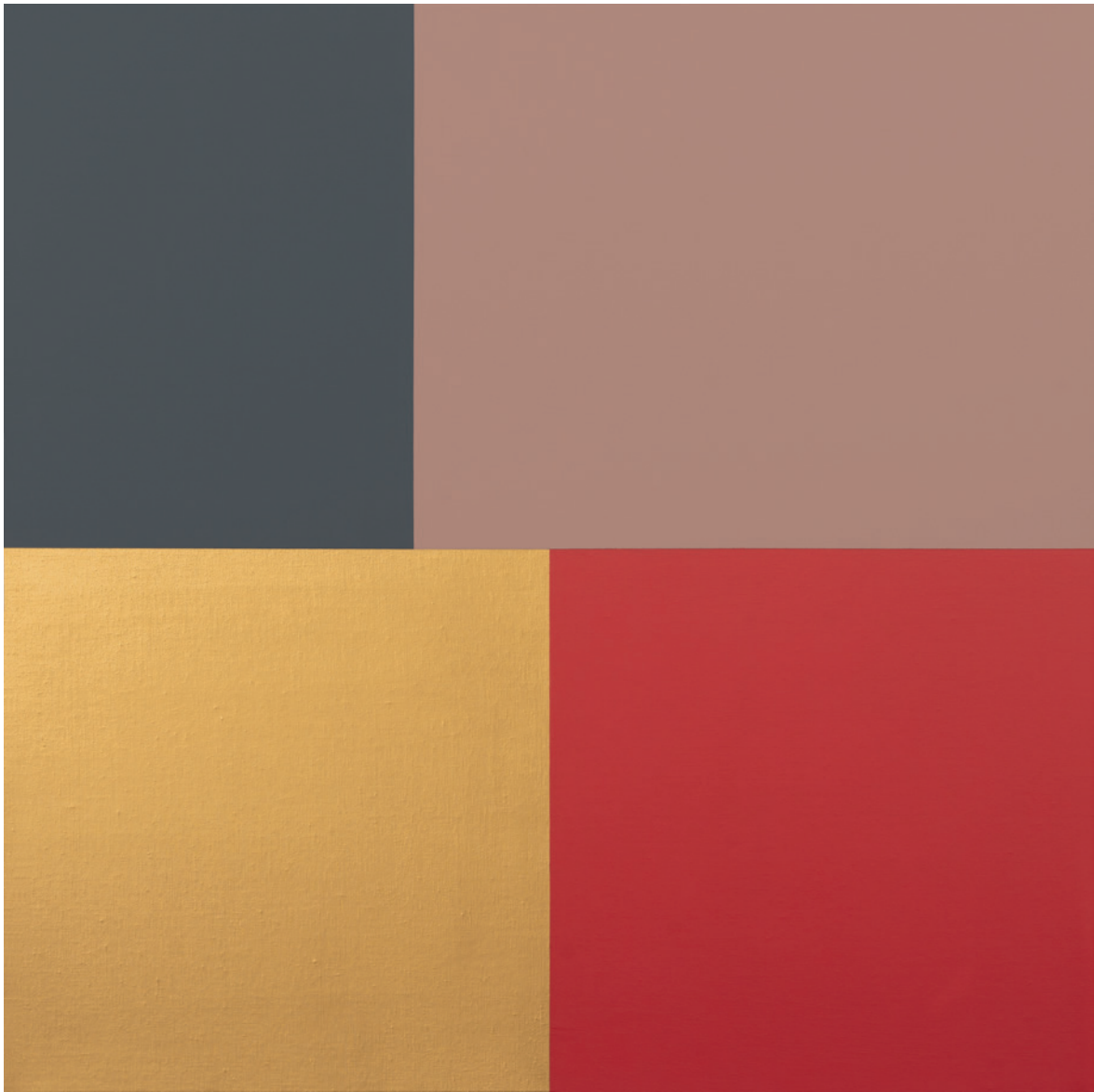
“Compás II”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



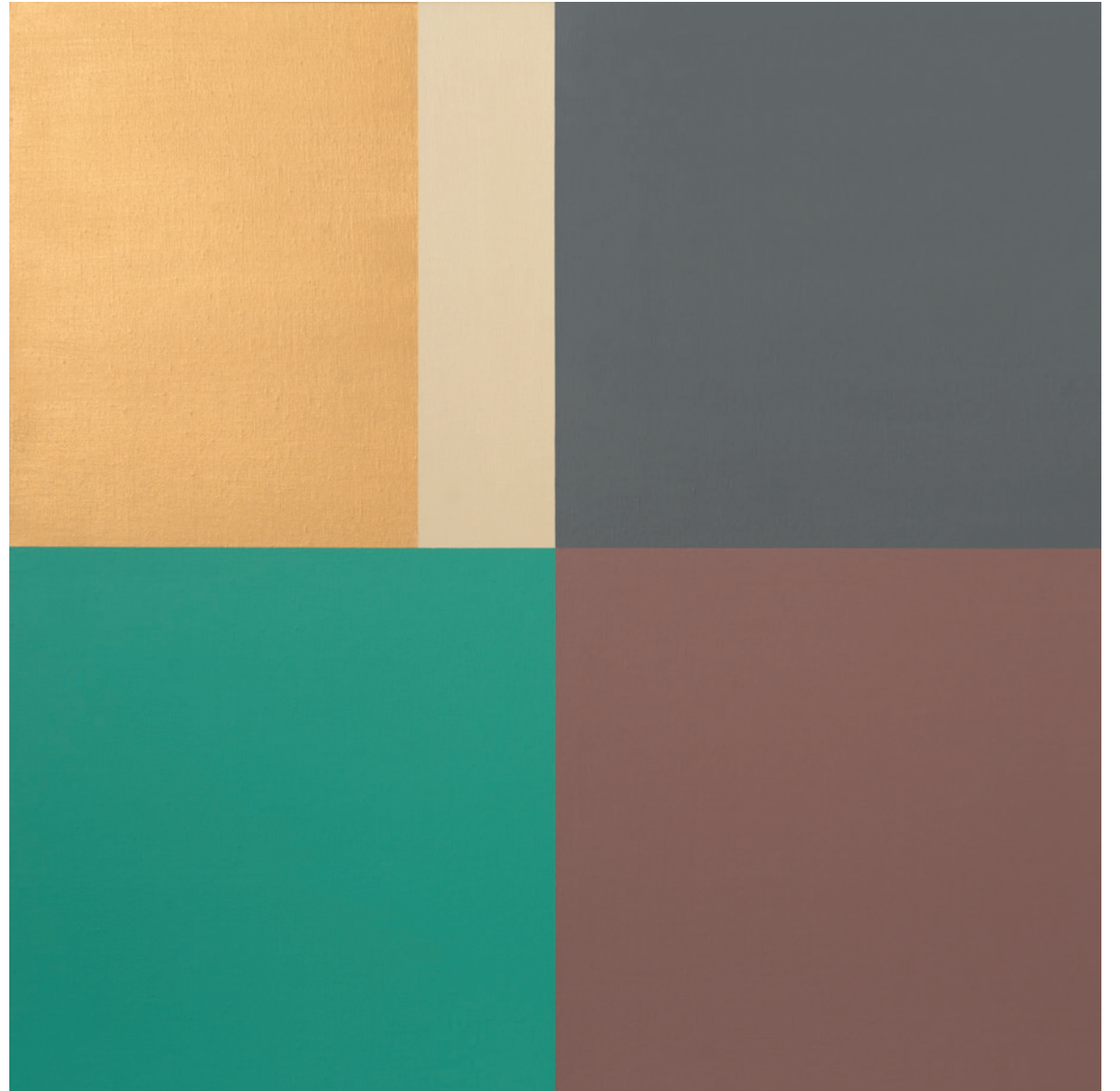
“Compás III”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



“Compás IV”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



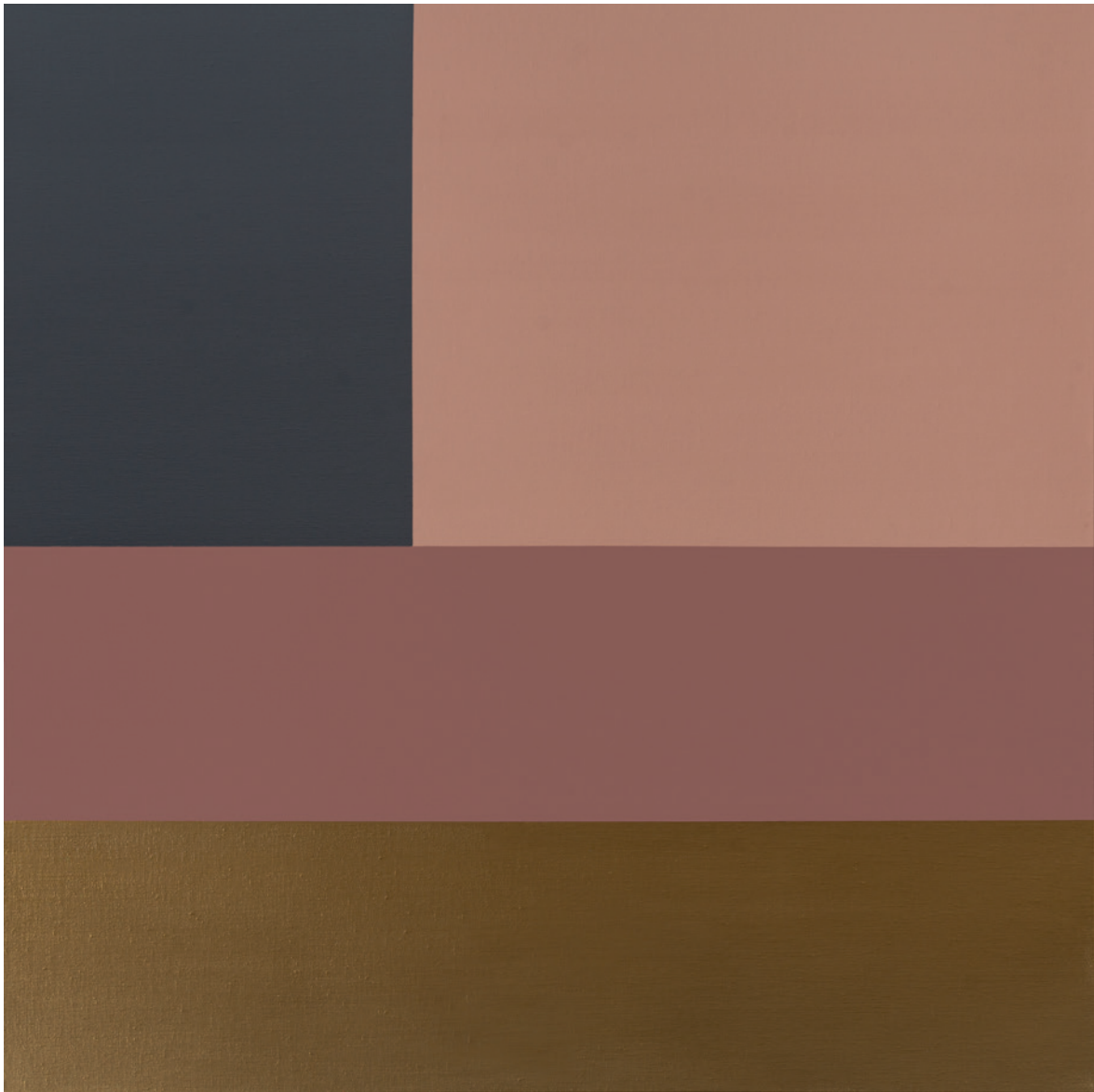
“Compás V”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



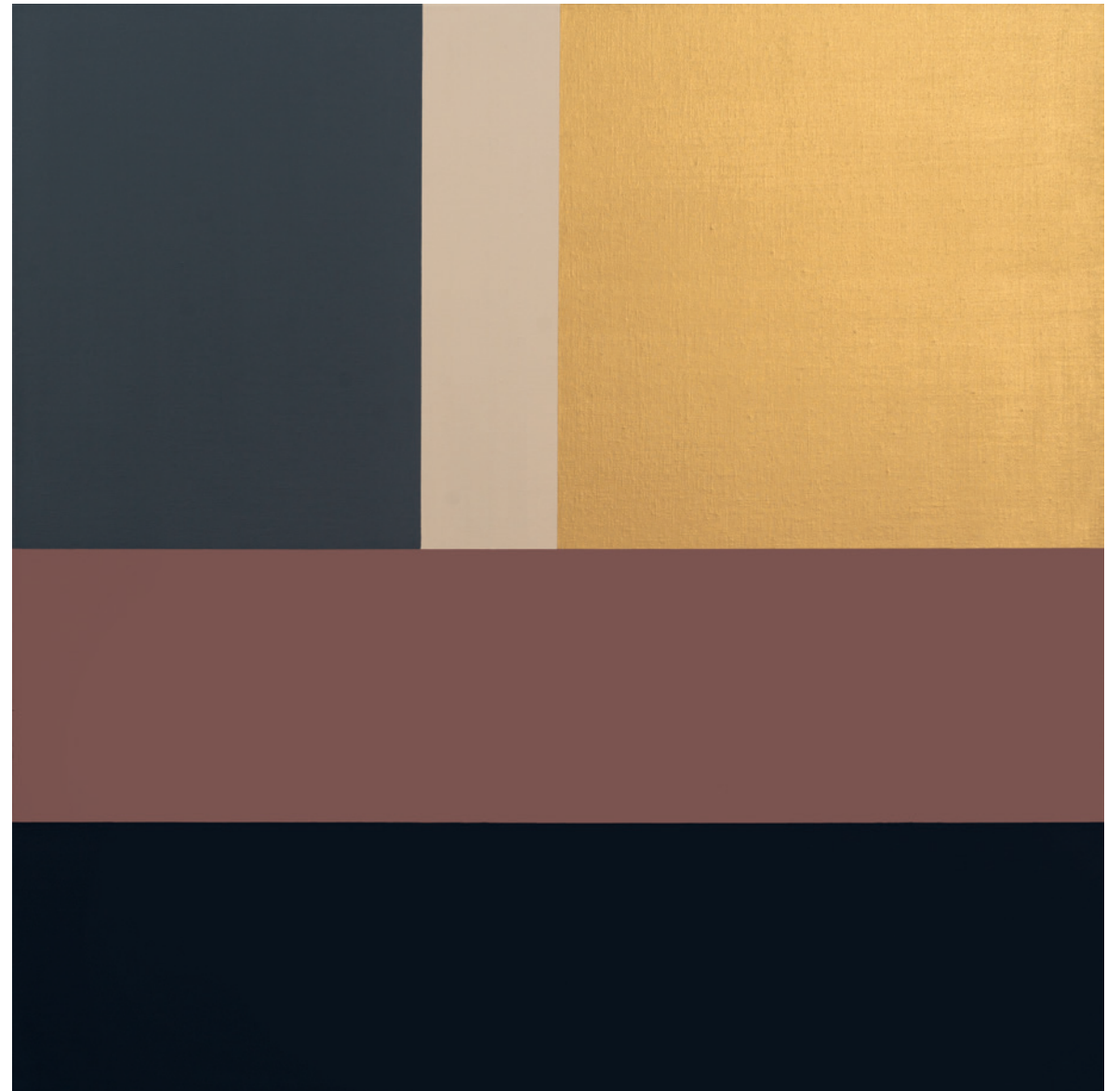
“Compás VI”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm

“Largo para la Sinfonía del
Nuevo Mundo en Mi Mayor,
A. A. Dvořák”
Acrílico sobre lienzo
150 cm x 180 cm

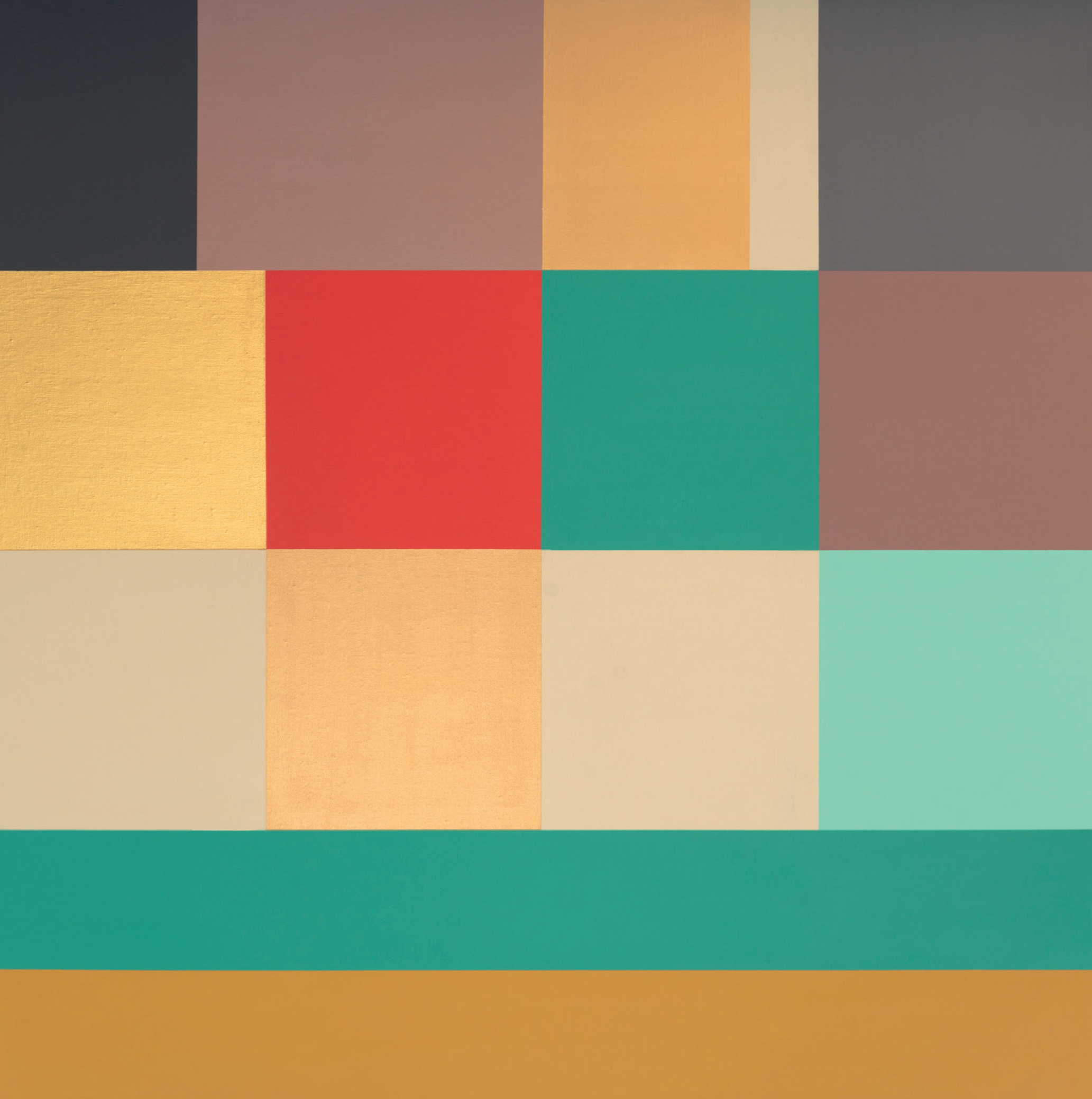




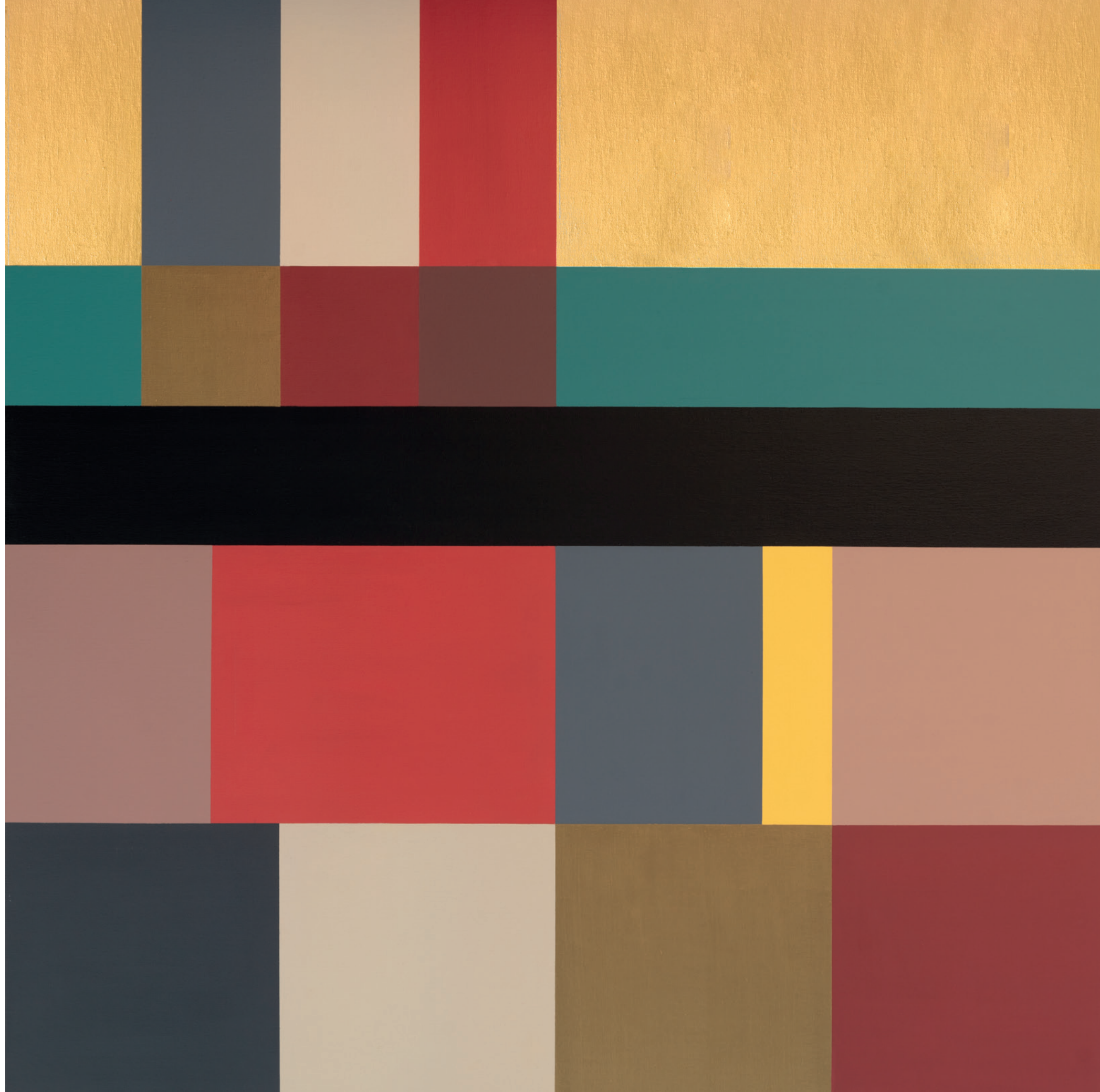
“Compás VII”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



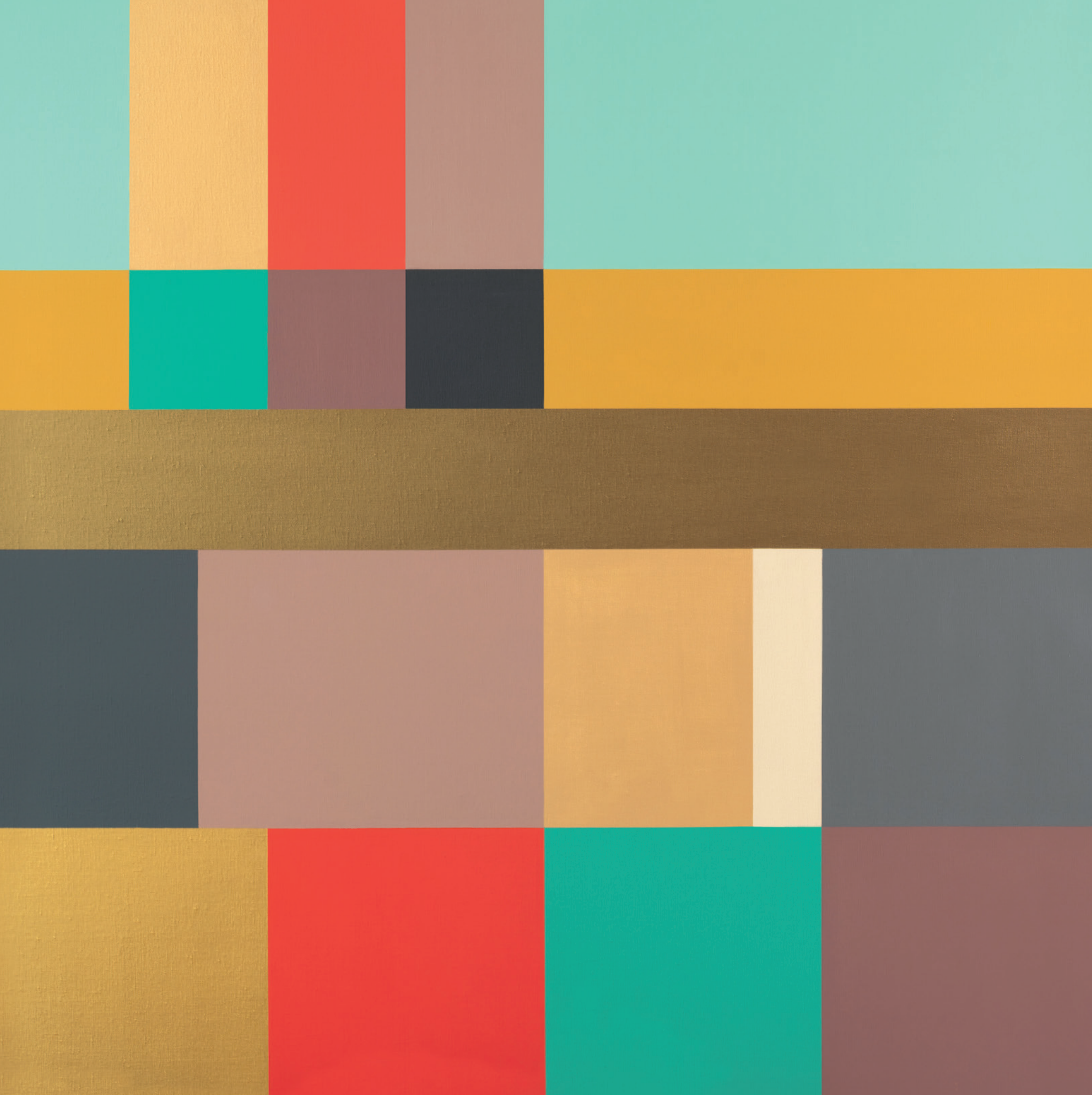
“Compás VIII”
Acrílico sobre lienzo
 96 cm x 96 cm



“Compás IX”
Acrílico sobre lienzo
120 cm x 120 cm

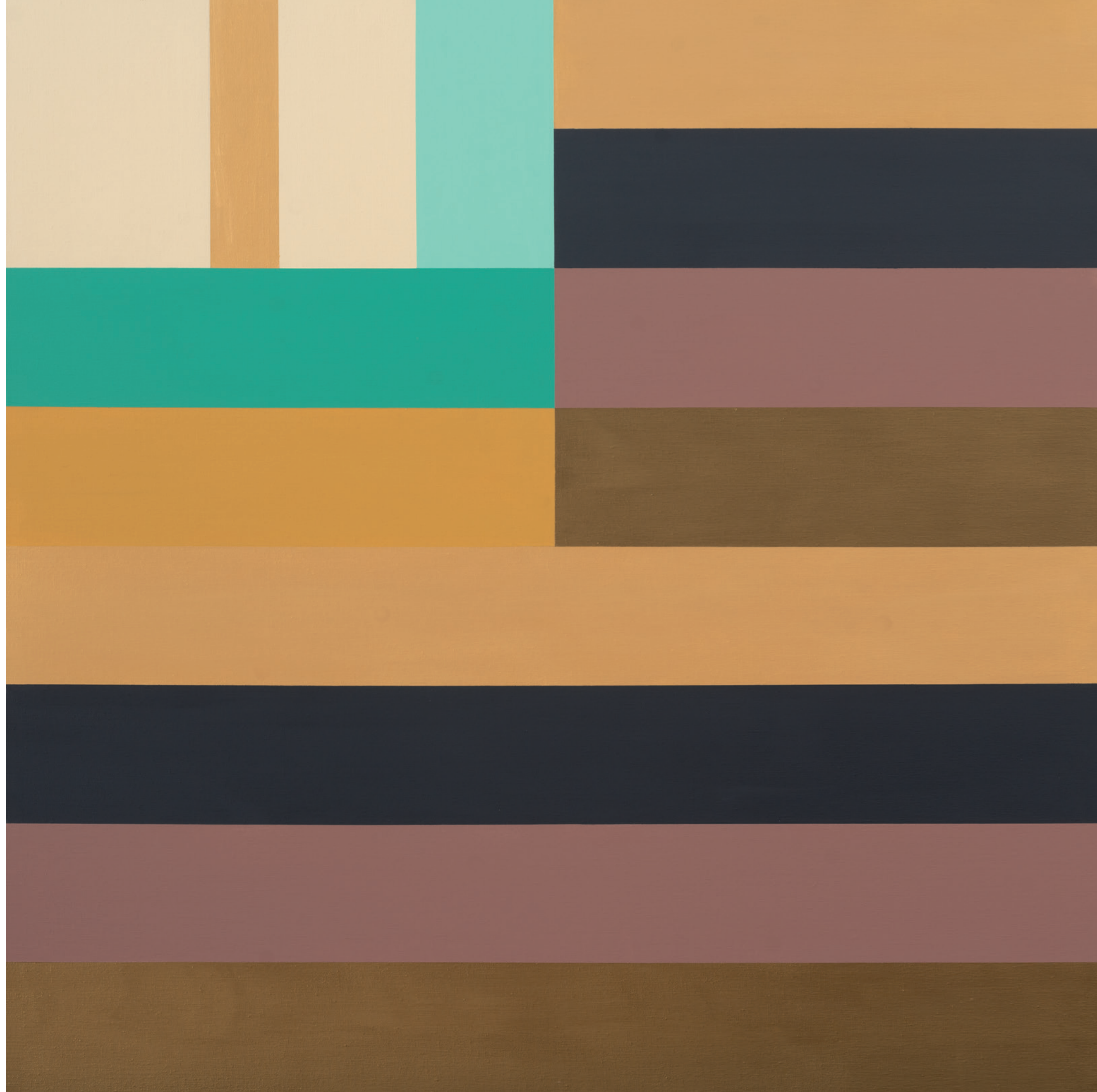


"Compás X"
Acrílico sobre lienzo
120 cm x 120 cm



“Compás XI”
Acrílico sobre lienzo
120 cm x 120 cm

“Compás XII”
Acrílico sobre lienzo
120 cm x 120 cm





"Compás XIV"
Acrílico sobre lienzo
120 cm x 180 cm

Notas de la autora

HERME BELLIDO

Todo descubrimiento comienza con una búsqueda.

Dado que tantos artistas en el pasado han buscado una conexión entre la música y la pintura, es natural que, como pintora, pianista amateur y apasionada de la música, me haya embarcado en esa misma búsqueda que comienza cuando empiezo a tomar clases de piano en el año 2017.

La lectura de las partituras provoca el comienzo de ese camino de búsqueda de la relación entre el lenguaje de la música y el de las formas plásticas.

Comencé creando un código formal de equivalentes, en el que el tiempo estaba representado por rectángulos cuyas proporciones se correspondían con los tiempos de las notas, de 1, 2, 3, 4 tiempos.

Para dotar a cada nota de un color, seguí la asignación de colores que la Mitología hindú, confiere a las 7 notas (swaras) de la escala musical, en función de la luz reflejada por el planeta que representan. Las variaciones de tonalidad de las distintas octavas son representadas formalmente con variaciones tonales cromáticas siendo los tonos graves más oscuros y los agudos más claros.

La primera partitura con la que comencé fue una versión muy simplificada del “Himno a la Alegría” de la 9a Sinfonía de L. V. Beethoven. Fue todo un descubrimiento encontrar tal perfecto equilibrio de forma y color.

Este boceto preliminar desemboca en la realización de una edición limitada de serigrafía en panel de madera en 2018.

Múltiples bocetos de diversas partituras prosiguieron a esta primera iniciativa; siempre eligiendo la versión más simple para acceder a un acercamiento minimalista formal que pudiera mostrar la teoría del discurso.



“Gymnopédie #1”, Erik Satie



“Tema para la Sinfonía #5”, Schubert



“Cuadros de una Exposición, la Gran Puerta de Kiev”, Musorgsky

La primera vez que realicé el boceto del movimiento Largo de la Sinfonía para el Nuevo Mundo de Antonin Dvořak –en clave de Sol– pude apreciar de inmediato su extraordinariamente perfecta composición.

La curiosidad y la voluntad de profundizar en la investigación, me llevó a “trasladar” la misma pieza a una tonalidad diferente en clave de Mi. La nueva Partitura en clave de Mi ofrecía tonalidades de color más vivas, como reflejos de las notas más agudas de esta nueva tonalidad.

El haber desarrollado el proyecto alrededor de la sinfonía para el Nuevo Mundo de Dvořak, parte en un principio de la interesante composición formal que la traslación de la partitura ofrecía. Sin embargo, la profundización en este tema en particular me lleva a reflexionar sobre ella, sus orígenes y lo que representa más allá del valor musical que posee.

La Sinfonía del Nuevo Mundo de Antonin Dvořak fue el resultado de la experiencia del compositor en un nuevo país y continente, con una nueva cultura, nuevos sonidos y nuevos paisajes. Dvořak compuso bajo la influencia de la música nativa negro africana en América; absorbió su espíritu. También ejercieron una gran influencia los grandes espacios abiertos de América, la música de Beethoven y la de Schubert. La Sinfonía del Nuevo Mundo empleaba elementos estilísticos propios de fuentes de Bohemia, Alemania, Francia y Escocia.

Bernstein afirmó. que la Sinfonía era multicultural en sus cimientos, convirtiéndose por este motivo en un símbolo de la unidad de culturas en todo el mundo.

En un mundo donde la división y los nacionalismos crecen incesantemente como respuesta a la imparable fuerza de la globalización, donde las tecnologías están revolucionando la realidad que conocemos empujándonos a un Nuevo Mundo de grandes cambios, la música de Dvořak, su Sinfonía, nos recuerda la importancia de permanecer abiertos a nuevas culturas que enriquezcan nuestras vidas con nuevas ideas.

A través de estas creaciones me gustará transmitir el poder creativo derivado de la diversidad y la diferencia, enfatizando el espíritu unificador que la experiencia artística puede llegar a generar en quien participa de ella.

In praise of slowness

PACO PÉREZ VALENCIA

George Kubler was the first to speak about them: those *slow rhythm* painters. He found their trace in the History of Art (the History which deals with the best of our species, in constant change, unique, detached, at times, from ordinary life and its trivialities), that of creators capable of pacing, of printing the time of their acts. Patient, faithful to the meaning of life for them, tranquil and imperturbable before the severities of the world they inhabit, willing to look at, to listen to, to feel the moment and sense the very instant –even to the exhaustion of others–, immersed in the beauty, in the soul of things.

Kubler mentions Claude Lorrain and Paul Cézanne as paragons of slowness in his enigmatic and visionary work, *The making of time*, that other history of art explored through their art pieces. Respectful of their artistic origins –all those predecessors who loved slowness and paused time, in an act of creating from thought and reflection– they owned their talent.

One draws just as one looks (and one looks just as one is). The world demands time, waiting, something increasingly difficult to be found in the present circus of the instantaneous. We take shortcuts, we use templates and reply with predetermined formulas, with set phrases and hollow expressions, however useful they might prove to be. But Kubler mentions those creators who look and listen before they act, conceiving the process itself as another form of creation. This method, more inclined to a particular lifestyle, unattainable for many, is probably a way of approaching God, or the centre of the universe, which lies in each and every single thing around us, however insignificant it may seem. The outcome, a series of pieces condensed by something strange, as if covered by an aura, by the layer of the exuding, of the differing or differentiated, with no connections with the pres-

ent and its current affairs, clinging to the reflections of an insubstantial time that, nonetheless, does not correspond to the past.

They are artists-scientists, artists of new languages, artists for whom nobody waits, because they never arrive on time. Another contemporary painter, the Sevillian Paco Reina Giráldez, refers to painters who *paint while seated*, distinguishing them from the ones who accomplish their task by standing up and moving in front of the piece with the athletic spirit of a dancer. Those who work statically –he claims– do so with a sense of an absolutely aristocratic appropriation of time. Like Kubler, he thinks that perfection is only achieved through a slow and deliberate search.

Time is our society's scarcest good. We are all racing in that sprint, paying little or no attention to the path. Slow-pace artists praise life, and when, during their search, they discover a vein of gold, like a spring of eternal youth, they spill themselves into in a hopeful silence. A subtle gesture: whether the adding of a colour, a corporeal stroke, the closing note before its silence, or two words that make a verse... It is enough to be grateful for the world.

These creators emerge because of their unexpectedness. They are revered by other creators, yet remain unknown for the general public. As patient collectors and sensitive beings, they are thus admired. And one day, in the middle of a side conversation, there appears a clue that makes them blossom before others, always in a unique and personal manner. That is how I came across Herme Bellido.

I didn't know if she was a man or a woman. I was set a date for an encounter, an unpretentious conversation, after which I left with the certainty of having found a ruby or an emerald between the creaks of my existence. It was her painting. Small, orderly placed pieces of a secret construction hiding life's symphony. Small colour planes sequenced like a visual language to be discovered, with mathematical rigour, through a meticulous pictorial process, with extreme care in its execution. Her previous artworks, resembling visual scores rather than sketches, are bathed by the richness of desire. Her final creations are diamond-like polished crystals. Such precision leads us to think that the colours were already found in the musical scores on which her work is based. They only had to be carved, to be made real.

The pictorial work of the artist Herme Bellido is music translated to colour, a code for another life, able to project states of mind in a serene encounter. Her references are aristocrats of the art world, from Malevich to Satie. It is not the chosen language that matters, but what they seek in their essence. This painter studied piano to reach the source from which to drink its elixir, that which inspires her to take every day as a gift. She has developed chromatic codes which, when deciphered, tell us stories: it is pure semiotics. Her contribution involves a universal language that invites to dream, to discover oneself. There are larger guidelines, controlled proportions, beats, variations and balance. What would come next would be immense: the unsubstantial, or the world. Herme discovered *her* world.

Herme's artpieces are secret maps only accessible through that slow pace of observation and desire, through play and discipline, from the thirst for life and the love of the unknown. That is the intelligence with which art protects itself, but only for those ready to abandon the complex rhythm of our lives. It is a beautiful praise of slowness, the most precious asset.

New Worlds

ANDERS RINDOM

Some reflections on a recent series of drawings and paintings by Herme Bellido, written towards the end of January 2021 and based solely on her photographs.

When I look at Herme's new series of work I feel fortunate. I am able to say, that although it was in a very small way I was let in on it from its early beginnings.

About a year ago the world was a very different place, without the social restrictions we now have to accept and must learn to live with. London was a welcoming and friendly sort of space, where you could chat and linger over cups of tea in one of its many small cafes. In one such establishment Herme told me about her new passion. She had taken up the piano and instantly fallen in love with the colours it produced. We talked a bit around the topic and eventually, hesitantly she pulled out a mobile phone on which she had stored some photos of small sketches and a few paintings, translations of short pieces of music she had played and loved. They were whimsical but sincere, fun but done with passion. I urged her to carry on, which is all the input I had, that is until a record of her efforts landed in my inbox a few days ago.

Using music as an accompaniment to painting is far from unusual. It is a part of many artists studio practice, an equal partner to paint, solvents and biscuits when it comes to getting things done. Some have in the past taken this a step further, brought the music into the foreground and relived live musical events through colour. Often such recollections in capable hands can take on their own organic life, a flowery kind of sweeping design that mimic the physical waves sounds can make and thus translating what is audible into objects of emotions. The finest example I have seen is by an early abstract painter from Eastern Europe, Frantisek

Kupka who was steeped in the language of art nouveau and who's efforts bring back memories of the old cast iron entrances to the Metro stations in Paris where he lived. This fine work resembled photo's I had seen of the Borealis, the northern light spectacle and is equally full of powerful movement and stark rhythms, but navigated in a new kind of space, created solely by painterly means.

Music operates with time as one of its fundamental conditions. It stretches out and accentuates moments as they pass. Painting on the other hand traditionally encloses and freezes it, a notion best illustrated by Dutch genre paintings from the golden age which often chisel out precious moments: images of a loved one reading a letter or offering a display of her finest pearl necklace and doing so in a finely crafted illusion space manage to defy the passing of the years. It does not mean that bringing actual time into the works is not on the table, far from it. Fracturing and spreading out the parts of a work is not uncommon in contemporary practice, as it force us to move and physically engage, acknowledge any illusion an image may present as a construct.

Hermes Bellido's new paintings are also an acknowledgement of time and of places. But the moments and the spaces they describe or rather inhabit are fleeting, prompted by music but never weighted or tied down by it. The small piano pieces that started this work has moved on from exercise to performance, from internalising them to finally presenting something she has found herself: a new world, not the one Antonin Dvorak discovered as he sailed to America but a place of her own.

There is a wonderful anecdote that Herme may or may not have known about, I never asked her: of the painter Juan Miro setting off for Paris from his parents farm in Catalonia with a satchel of reddish brown soil in his pocket, as a reminder of where all his colours were routed and from where they had come to blossom, less in a new environment he should forget.

Hermes translations are sincere and full of method. But they also bring to mind a television programme I once saw, in which a journalist asked a number of wine critics to identify real wines from the verbal description they themselves had placed on bottles.

They were, as I remember it not terribly successful. My point is, that I doubt that she, given a bit of distance will be able to reverse the process, play the music back from the paintings. But this is neither a shortcoming nor their downfall. On the contrary. I believe that the meticulous process has allowed her to explore sonic landscapes and carve out places, real places of light and space.

All the completed paintings have a weight or gravity to them, an earthiness punctuated by small windows of turquoise that can easily be read as sea or sky, whatever you prefer. To me they bring forward recollections of landscapes, of spaces rooted in Spain but observed through a pair of eyes honed in Britain, with echoes of lessons learned from high modernism on these isles. Some of the paintings though large in scale are brief, just a few cords vibrating in unison, while others are more elaborate, making the canvas into a kind of shelving system, an archive for moods, to be read or relived like a score from top to bottom.

I would like to argue that with this new series Herme has certainly managed, if proof is needed that music need not be a destination in itself, but should rather be seen as a valuable tool: a gateway through which new insights can be discovered.

Where Kupka a century ago found a gateway through music up to a mysterious world full of coloured light Herme Bellido has reversed his travels. She has dug deep into the dry, ochre tinted soil below Seville and the wet clay of London to find the cords that match their resistance to excavation, the segmentation and many layers they hide.

It is a new music of hidden chambers and open vistas: of the deep, mental spaces we at present are forced to live in for better or worse, Their grace and kindness however are qualities that will be needed, not just now but in the future all our horizons will open up and light will again be let in.

Artist's notes

HERME BELLIDO

Every break through starts with a search.

Given that so many artists in the past have looked for a connection between music and painting, it is only natural to find that artist, Herme Bellido, painter, amateur pianist and music lover has set to find out about that same journey which started when she took up piano lessons in 2017.

Reading the music sheets sparked the search into the relationship between musical notes and colours and the possibility of finding a harmonious balance when the notes of a particular piece were translated into colours.

She created a musical code, where time was measured by rectangles each one shaped in mathematical proportions to the times of each note, i.e, four beats, 3 beat, 2 beat, 1 beat note.

The colours, assigned to each note of the octave, followed the Hindu Mythology, whereby each Swara (unit of tonal measurement) is assigned a particular colour (which is the colour of the light reflected by the planet that rules each swara). The different octaves is suggested by increasing-decreasing their hues so the lighter the sharper and the darker the graver.

This search started with a very simplified version for piano of the “Ode to Joy” by Beethoven’s 9th Symphony.

It was a breakthrough to see such perfect balance of form and colour. This preliminary sketch resulted in the edition of a screen print on wood panel.

A series of different sketches were done using various musical sheets. Always choosing the most simple version to allow a more minimalistic approach that could show the theory of the discourse in a bold way.

The first time The Largo for the New World Symphony Sketch was done, it showed immediately a perfect and complex composition.

Curiosity and the inevitability to push the theory further made her to try the same music in a different tonality which proved once more the relationship between sound and colour as the new key (E) showed a lighter sharper tonality, as did the music played on this key.

The development of this theory around the second movement for the New World Symphony was at first due to its perfect yet complex formal composition, however as She worked further into the making of the Prints and Canvases, it allowed her to reflect upon the work and understand its origins, and what it represents beyond the musical value it possesses.

The New World Symphony by Antonin Dvořak, was the result of the experience of its composer in a new world, new country, new continent, with a new culture, new sounds and new landscapes.

Dvořak composed under the influence of the native negro African music, he absorbed its spirit. The great open spaces of America were of great influence as well as the music of Beethoven and of Schubert.

The New World Symphony employed stylistic elements taken from the sources of Bohemian, Germany, France and Scotland.

Bernstein declared that the symphony was multicultural in its origins and therefore became a symbol of unity of cultures worldwide.

“In a world where division and nationalism grow intensely as an answer to the unstoppable force of globalisation and the threats of climate and economic crisis, where technologies are revolutionising the reality as we know it pushing us into a New World of big changes, the music of Dvořak, his Symphony, reminds us of the importance of remaining open to new cultures that enrich our lives with new ideas.

Throughout these creations, I would like to communicate the creative power derived from diversity and difference, stressing the unifying spirit that the artistic experience can generate in those that take part of it”.



“Gymnopédie #1”, Erik Satie



“Theme from Symphony #5”, Schubert



“Pictures at an exhibition, The Great gate of Kiev”, Mussorgsky

